



G. Crique

Eduardo Arroyo
*Eugène Crique. La fuerza
del destino 1972*

nuevo juicio del boxeo

jardiel poncela

Hasta hace pocas noches, y aunque esto no deje de ser raro, no habría presenciado ningún combate de boxeo. Entiéndase: peleas de hombre contra hombre, o de literato contra literato, o de limpiabotas contra cliente moroso. Había presenciado varias. Y observé siempre que los hombres se pelean entre chaparrones de palabras nauseabundas: que los limpiabotas atizan con la caja de los cepillos, sabiamente claveteada para el caso, y que los literatos se pelean sin convicción. En suma: ninguna de estas peleas logró jamás interesarme.

Pero verdadero boxeo, riña reglamentada, en local público, con miras lucrativas, sobre ring, bajo arcos voltaicos, junto al árbitro, con guantes, taparrabos, sandalias y albornoz, no había presenciado ninguna hasta hace pocas noches. Ni os contaría esto, queridos amigos, si no fuera porque mi ignorancia deportiva me hizo ver algo muy importante, que a vosotros, con la experiencia que proporciona el haber asistido a infinitos combates de boxeo, os habrá pasado seguramente inadvertido.

He aquí mi observación condensada: que los combates de boxeo se vienen juzgando al revés desde que dicho deporte nació a la vida.

O, más claramente: que en el boxeo, los rounds son «descansos» y los «descansos» son rounds.

Pero observad un combate con la frialdad ignorante con que observé los de la otra noche, y después me diréis si tengo razón o no.

El local rebosa de un público. La impaciencia evoluciona sobre las cabezas. Se fuma, se opina, se discute y cada espectador pone un perdigón en el cartucho de efervescencia general. La atmósfera, bajo el azul turbio de las luces, tiene un color de agua y aguardiente. Quizá por eso, en el transcurso de la velada, se emborracha el público.

Dos hombres saltan al cuadrilátero del ring. Son los púgiles.

Aplausos tibios.

Los dos hombres, cada uno por un lado, juntan sus manos por encima de sus cabezas, y eso hace que los aplausos se vuelvan estruendosos. (Fenómeno inexplicable para el profano.)

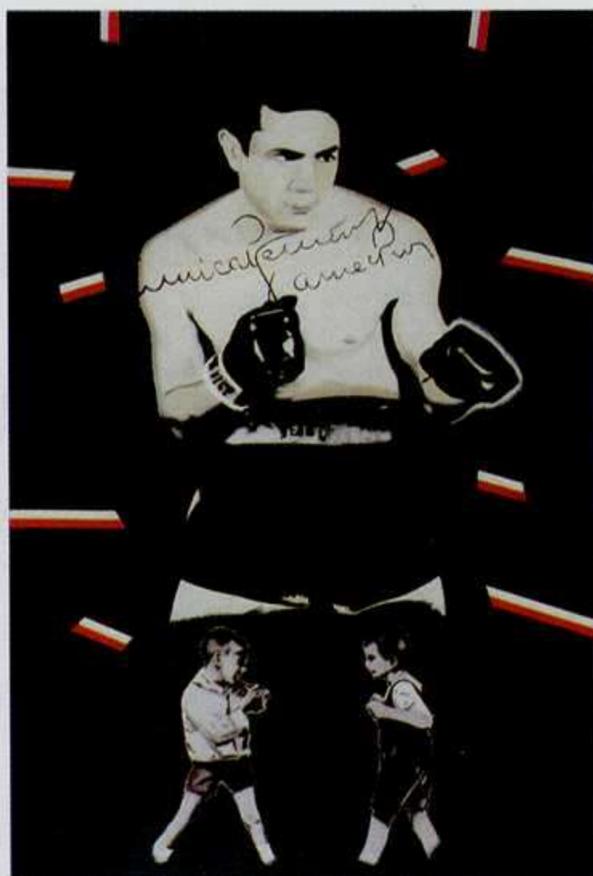
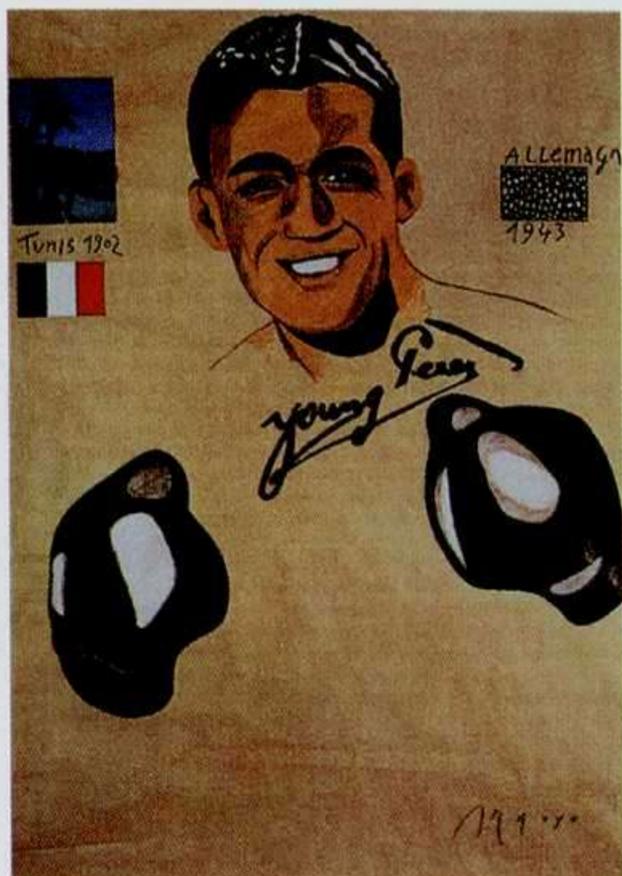
Dos banquillos surgen y son colocados en ángulos opuestos del ring. Junto a un

banquillo se instalan tres tipos de aire hercúleo y desarrapado; junto al otro, otros tres. Esos tipos llevan objetos extraños: un cubo de agua, una esponja, unos trapos, una botella, limones. El profano piensa: «Esos vienen a fregar el suelo. Podían haberlo hecho esta tarde, que no había público.»

Pero aquellos tipos no vienen a fregar el suelo; son los «segundos»; se agrupan en los rincones y esperan. Otro individuo ha saltado también al ring: el árbitro. Se coloca en el centro, echa una mano por encima de cada hombro de los boxeadores, con un aire familiar, como si se diera postín de ser amigo de ellos, y durante un rato cuchichean los tres. Quizá se cuentan un chascarrillo; quizá calculan lo ingresado en taquilla. No se sabe. De pronto, se separan; el árbitro tira una moneda al alto. Pensamos que el cuchicheo era una apuesta. Uno de los boxeadores gana: le dan un par de guantes: es el premio. Pero enseguida le dan un segundo par de guantes al otro púgil. (El profano tampoco entiende nada de esto.)

Los boxeadores se retiran a sus banquillos. Los tipos hercúleos y dasarrapados que allí aguardan se lanzan sobre ellos, les arrancan el albornoz brutalmente. Luego, y sin duda para desagravarles, les dan palmaditas en las espaldas. Ellos, indiferentes a todo, se lían a hacer flexiones agarrados a las cuerdas.

El árbitro dice algo, dirigiéndose al público: grita mucho; pero no se le entiende ni jota. Suena un gong. Los boxeadores avanzan uno contra otro. Es el primer round. Total, nada. Tanteos. Algún cuerpo a cuerpo para probar la tenacidad de los bíceps. Un puñetazo en un ojo: una bolea en el estómago. Fruslerías. Suena el gong, y los púgiles regresan a sus banqui-



Eduardo Arroyo
Young Pérez 1983

Eduardo Arroyo
Raymond Famechon.
La fuerza del destino
1972

tos, tan tranquilos como los abandonaron.

Pero allí les aguarda algo más grave que el round que acaban de llevar a cabo: tres «segundos» caen sobre cada uno de ellos; los sientan de un porrazo, les dan esponjazos en la cara, les sacuden trastazos en la nuca, les arrearán bárbaramente con una toalla, les meten medio limón en la boca, les pellizcan las piernas, les obligan a tragarse el contenido de una de las botellas. En esta faena vuelve a sonar el gong. El estado de ambos es lastimoso. Parecen naufragos del Titanic.

En el segundo, tercero y cuarto rounds la cosa se repite; se cruzan varios golpes sin trascendencia; pero como entre cada uno de esos rounds ha habido el correspondiente descanso, los boxeadores están agotadísimos.

Al octavo round los púgiles llegan ya extenuados; mientras se pegan recobran algo sus fuerzas; pero, al acabar, nuevamente caen las garras de los «segundos»; éstos demuestran una creciente falta de compasión, y los cubos son volcados íntegros sobre las cabezas; les despachurran

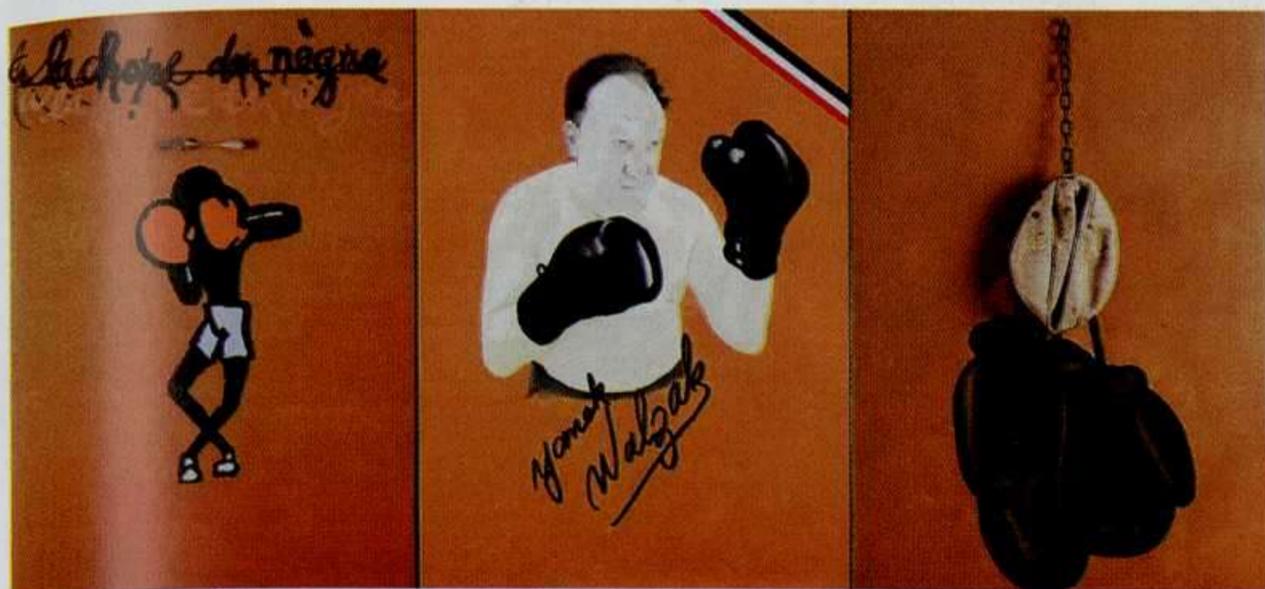
los limones en la cara y les amordazan con las esponjas, impidiéndoles absolutamente respirar; las toallas, agitadas con una violencia inverosímil, derraman sobre ellos un huracán que sólo puede conducir a la pulmonía; los pellizcos en las piernas han pasado a la categoría de deseos manifiestos de llevarse trozos de carne; ambos púgiles, acogotados por aquellos implacables verdugos, agonizan rápidamente; sus cabezas ruedan de un hombro a otro; uno de ellos, sobre todo, menos fuerte o peor entrenado, está tan concluido, que se cae del banquillo varias veces.

El gong de nuevo, el noveno round. En cuanto los púgiles se encuentran solos y libres en el centro del ring se abrazan y allí quedan inmóviles, descansando y contándose sus mutuos sufrimientos recientes. Luego se separan y se lanzan dos o tres zurridos, ninguno de los cuales da en el blanco; todavía se abrazan otra vez para decir en voz baja:

Ya estoy un poquito mejor.

Yo también me siento renacer.

Pero esta paz rota por la crueldad del gong, que vuelve a vibrar implacable. Fin



Eduardo Arroyo Yanek Walzak. *La fuerza del destino* 1974



Eduardo Arroyo Muhammad Ali 2002

del round. Nuevamente los púgiles caen en poder de sus «segundos». Ahora ya están perdidos.

Más barrabasadas. Más esponjazos en la cara, más limones introducidos a la fuerza en la boca, más cubos de agua sobre el cráneo, más retazos en la nuca. El boxeador que, en el anterior descanso, dio señales de ruina, es ahora un cadáver viviente.

Y así que el gong anuncia el principio del décimo round este desventurado avanza, y cuando se halla a medio metro de su adversario, cae desvanecido.

Está knock-out. Su contrincante ha vencido, y así se lo hace ver el árbitro a la multitud levantándole el brazo derecho.

...

Creo que no hace falta escribir una línea más.

Creo que, después de haber observado un combate con frialdad ignorante con que yo observé los de la otra noche, el lector estará suficientemente convencido de que el arte del boxeo se viene juzgando al revés desde el día de su invención, y no le

cabrá duda de que los rounds son descansos y los descansos son rounds.

Mi proyecto es sencillo: se trata de modificar la mecánica de los juicios y de los fallos. Se trata de sentar jurisprudencia con esta nueva ley:

Artículo único. La fortaleza y resistencia de un boxeador no debe medirse por lo que aguante cuando se halle luchando con su contrincante, sino por lo que aguante cuando permanezca «descansando» en el banquillo entre sus «segundos».

Porque es preciso desengañarse: diez, doce, catorce rounds los resiste cualquier hombre medianamente construido. Pero para resistir seis «descansos», nada más que seis «descansos», para eso hay que ser un Ursus, un Jean Valjean, un Atlante, en toda la formidable extensión de la palabra.

De *Exceso de equipaje*, *Obras completas III*, 1963